

servámos nuestra personalidad y el gérmen de nuestros defectos dominantes. Ese gérmen es el lado débil, el punto vulnerable; al cual el demonio dirige sus incesantes ataques; y de ahí proceden esas recaídas, arto frecuentes por desgracia, que fatigan y humillan á los cristianos, pero que no deben abatirlos y desalentarlos.

Si consultando la conciencia puedes decirte á tí mismo que no amas el pecado y que quieres servir fielmente á Jesucristo, no te turbe ni espante la consideracion de las faltas en que caes cada día, pues la comunión te purificará y librará de las mismas, como has podido ver mas arriba que enseña formalmente el sagrado concilio de Trento.

Si los directores de almas no pueden, á pesar de sus deseos aconsejar á todos los penitentes el uso frecuente de la Comunión, es porque desgraciadamente hay pocos cristianos sinceramente dispuestos á evitar hasta las menores faltas y á consagrar á Jesucristo todos los pensamientos de su alma y todos los afectos de su corazón. Per la misma razon Santo Tomás, que establece tan categóricamente en su *suma* la tésis católica y tradicional de la excelencia de la Comunión cotidiana, dice: que no *todas* los

fieles indistintamente deben recibir cada día la Sagrada Eucaristía."

Reverencia y amor; tal es la conclusion práctica del Angel de las escuelas; pero tiene cuidado de hacer notar "que el amor y la confianza son preferibles al temor (1)." No olvidemos nunca esta preciosa máxima y obremos en conformidad con ella.

IX.

Comulgando á menudo, temo escandalizar á las personas que me conocen.

¿Hablas de los cristianos á medias, es decir, de esa multitud de gente que no entiende pizca de las cosas de Dios, por mas que observe algunas prácticas de religion? Sabes tan bien como yo qué cosa se debe hacer de sus críticas. Deja que digan cuanto quieran; las censuras de esa clase de gentes, son casi un elogio.

(1) *Amor et spes praeferuntur timori* (3^a part. quaest. 80, art. 10.)

¿Se trata, por el contrario, de personas piadosas? Puedes estar seguro de que no las escandalizarás viviendo como corresponde á un cristiano que lo sea de veras. ¿Sabes qué es lo que escandaliza en una persona que comulga á menudo? ¿Sus comuniones? No por cierto, sino su negligencia y flojedad en repimir su mal genio en conformar su vida ordinaria con las prácticas religiosas á que se dedica: lo que escandaliza son sus impaciencias, sus murmuraciones, sus glotonerías, el regalo con que se trata, las exageradas precauciones que toma por conservar su salud, y finalmente, esa multitud de defectos que pasan de imperfecciones, defectos que no pueden escapar á las miradas de una conciencia algo solícita de su santificación.

Si, lo que Dios no quiera, te reconocieses en este retrato, seria necesario que aplicases sin demora un remedio eficaz á este mal que es muy real. Convendria, no que dejases de comulgar, sino que te armases de mayor decision, para llevar una vida mas santa y digna de Nuestro Señor Jesucristo.

Ya sé que, hasta entre los buenos cristianos, hay personas tampoco ilustradas que se escandalizan de niñerías. Sin dejar de evitar lo que pueda dárlas un motivo más ó ménos fundado

de escándalo, no debes preocuparte demasiado de lo que dirán: pues por mas que hagas, no lograrás contentar á todo el mundo. Procura agradar á Dios; proponte un dia recto y honesto en todo lo que hicieres, acepta con humildad los diversos juicios y apreciaciones que tu conducta merezca á las personas honradas, y aprovechate de ellos, si es posible, para enmendarte. Cuando tengas alguna duda, dirígete á un sacerdote ilustrado y práctico en las vias del Señor, consúltale con sinceridad, y sigue sus consejos.

Este era tambien el sentir del sabio y piadoso Fenelon, que tan alto proclamaba la utilidad y conveniencia de la Comunión frecuente, "Debemos acostumbrarnos, decia: á ver fieles que cometen pecados veniales, á pesar de sus sinceros deseos de no cometer ninguno, y que, no obstante, comulgan con fruto cada dia. No deben causarnos tanta extrañeza y espanto las imperfecciones que Dios permite en ellos para hacerlos mas humildes; que no veamos al mismo tiempo las faltas mas graves y peligrosas de que les preserva este remedio cotidiano.

"¿Por qué hemos de escandalizarnos al ver á buenos y virtuosos seglares que, para alcanzar mas completa victoria sobre sus imperfecciones

y resistir mejor á las tentaciones de un mundo corrompido y corruptor, se alimentan del Pan de los fuertes, de aquel Pan que, bajado del cielo, es fuente purísima de toda perfeccion y santidad?

"Despreciad los juicios de reformadores siempre dispuestos á escandalizarse de cualquier cosa y á criticarlo todo; seguid mas bien los consejos de un director experimentado que os trace el verdadero camino *segun el espíritu de la Iglesia.*"

Vigila, pues, cuidadosamente sobre tí mismo; guárdate tanto de los escrúpulos como del relajamiento; renueva cada dia tus buenos propósitos, y precinde todo lo posible del *que dirán.*

X.

Comulgando á menudo disgustaria á mi familia.

Pregunto ahora: ¿al comulgar lo haces por tu familia, ó bien lo haces por tí? Dado caso que á tu familia le disgustase el que comieses diariamente, ¿dejarás por eso de hacerlo?

No hay duda que son una cosa grande y santa la obediencia filial y los deberes de la familia, pero siempre y cuando la familia no se meta sino en lo que le concierne. Se muy bien que, hascierto punto, aun en lo que mira al servicio de Dios, estamos obligados á condescender con ciertas exigencias de los nuestros; pero á esta condescendencia hay un límite, siendo para todos un estricto deber el respetarlo. Justamente siendo los Sacramentos, mas que otra cualquiera cosa, completamente independientes de la jurisdiccion de la familia, lo mejor es dejar la resolucion de este grave y delicado caso de conciencia al juicio de la Iglesia y de sus ministros.

La sagrada Comunión es el manantial de toda gracia, y la fuente de toda dulzura y bondad; resultando de aquí que, cuando mas á menudo comulgues, empleando todos los medios para hacerlo lo mejor posible, te irás perfeccionando de dia en dia; no será tu familia la última en apercibirse de ello, y como no será tampoco la última en sacar provecho de tu perfeccionamiento se guardará muy mucho de crearte ningún obstáculo. Sé prudente y firme; pues de este modo encontrarás ciertamente medios para frecuentar los santos Sacramentos, sin necesidad de molestar á nadie.

Pero si desgraciadamente, á pesar de todos tus miramientos y precauciones, tuviese todavía algo que decir de tu piedad tu familia, no te detengas por eso; antes al contrario, adelanta con paso firme, y seguro aparentando no observar nada absolutamente; y veras como por este medio consigues ver desvanecida muy pronto toda preocupacion ó que á lo menos se acostumbren á verte comulgar, de la misma manera que se habitua uno á las cosas que le disgustan. ¿Sabes tú, por ventura, si Dios Nuestro Señor quiere recompensar de este modo tu constancia, atrayendo á su amor á aquellos mismos que hoy procuran aparte de Él, valiéndose para esto de cuantos medios estan á su alcance?

Esto es lo que, en el momento mismo en que escribo estas líneas, le está pasando á un rico comerciante de Paris, hombre profundamente indiferente en materias de religion, y sumamente opuesto á toda práctica de piedad. Habiendo este hombre envidado hace ya algunos años, mandó á sus dos hijas á un excelente y magnífico colegio, en donde recibieron una educacion sólida y profundamente cristiana. Apenas habia cumplido diez y seis años su hija mayor, cuando tuvo a bien sacarla del colegio para encargarla del gobierno de la casa. Esta jóven,

tan firme como piadosa, no interrumpió ni por un momento las prácticas cristianas, por más que se vió obligada, para no irritar a su padre, á ocultarlas cuidadosamente. Este, sin embargo, la sorprendió una mañana, al volver de misa en compañía de su camarera; y como no se hubiese desayunado todavía, sospechando algo, preguntóle: “¿Has comulgado?—Sí, papá, contestóle sin vacilar un instante la jóven, y al mismo tiempo he rogado mucho por V. —¿Y comulgas á menudo? añadió el padre con tono áspero y severo.—Si, papá, á menudo, muy á menudo tengo esta dicha: esto es lo que me da fuerza y valor para llenar cumplidamente todos mis deberes y en particular para conducirme con V. como debo.” Hubo un momento de silencio, y el padre inclinó la cabeza. Cuando la levantó, sus ojos estaban arrazados de lágrimas, y abrazando tiernamente á su hija, no menos conmovida que él, exclamó con la voz entrecortada por los sollozos: “¡Hija de mi alma, cuán dichoso soy en tener una hija como tú!”

A partir de este dia, ha habido una trasformacion completa en las ideas y en toda la manera de ser de dicho comerciante, y por mas que desgraciadamente falte todavía algo para su completa conversion, todo indica que está á

punto de efectuarse. ¡Cuántas familias se convertirian a Dios si tuviesen por dicha en su seno una alma tan enérgica y fiel en la práctica del amor de Jesucristo y tan constante en recibir con frecuencia la sagrada Comunión!

XI.

Conozco muchas personas piadosas que comulgan muy rara vez.

En cambio conozco yo muy pocas; pudiendo ademas afirmar que muy pocas son las personas que comulgando á menudo no sean verdaderamente piadosas en toda la acepcion de la palabra.

Por lo visto estás en un grande error, teniendo por personas piadosas las que solo son religiosas. Ante todo es necesario que no confundas la religiosidad con la piedad. Basta observar al pié de la letra los mandamientos de Dios y de la Iglesia, oír misa todos los domingos y demas fiestas de guardar, comulgar en las más señaladas, guardar el debido respeto á la Religion y vivir honradamente, para ser una perso-

na religiosa: pero de ésto, á ser verdaderamente piadoso, va una diferencia inmensa; pues para que se pueda decir de una persona que es piadosa, es necesario que vaya mas allá, que viva mas identificada con el amor de Jesucristo.

El cristiano que una vez ha entrado en las prácticas de la verdadera piedad, no se ciñe exclusivamente al cumplimiento de los preceptos; sino que emplea todas sus fuerzas para poner en práctica todos y cada uno de los consejos que nos da el Evangelio, tales como el desprendimiento de sí mismo, el recogimiento interior, el celo por la salvacion de las almas, en una palabra, todo aquel hermoso conjunto de virtudes que constituyen ó forman la santidad cristiana; obrando mas bien por amor que por deber, y tomando la preciosa costumbre de considerar el servicio de Dios, no como un yugo pesado, sino como un deber tierno y filial.

Dime tú ahora: ¿conoces por ventura á muchas personas que; estando animadas de esta verdadera piedad, se acerquen pocas veces á recibir la sagrada Comunión? Esta seria la primera vez que habria efectos sin causa, puesto que la Iglesia católica nos enseña que el acto esencial de la piedad es la sagrada Comunión.

La experiencia nos demuestra que tan imposible es el que una persona sea piadosa no comulgando muy á menudo, como el que tenga una salud robusta faltándole un buen sistema de alimentacion.

XII

Mis deseos serian comulgar á menudo; pero mi confesor no me lo permite.

¿Qué motivos tendrá tu confesor para no permitirte que comulgues á menudo? De seguro que si conociese que tienes las debidas disposiciones para reportar las inmensas ventajas que produce la Comunión frecuente, no solo te lo permitiria, sino que te incitaria á ello. Y yo pregunto: ¿le has suplicado tú alguna vez sériamente que te otorgue este precioso favor? Casi puedo afirmar desde ahora que no. Dice el evangelio: "Llamad, y se os abrirá: pedid, y recibireis." Así, pues, créeme: manifiesta tu buen deseo al director espiritual, removiendo para eso los obstáculos, modificando las costumbres, y esmerán-

dote mas y mas en el cumplimiento de las prácticas piadosas, sin lo cual no obtendrias quizás una respuesta favorable; y te convencerás facilmente de que si no comulgabas mas á menudo no tenia la culpa el confesor, sino que la tenias tú solo. Ahora me dirás: "Pero si yo hago todo lo que buenamente puedo, vivo del mejor modo que sé, y todavía se me niega." Si es realmente así, y dado caso de que no te engañes á tí mismo, haciéndote la ilusion de que eres bueno entonces sí que compadezco al confesor, no solo porque falta á sus deberes, sino tambien por la inmensa resposabilidad que pesa sobre él á los ojos de Dios, siendo la causa de tu desaliento para continuar por la verdadera senda de la piedad.

Todos los santos sacerdotes que están animados del verdadero espíritu de la Iglesia son partidarios de que se comulgue con frecuencia; siendo por esta misma razon fieles servidores del evangelio, puesto que, con un celo infatigable, conducen las pobres almas á Jesus, inspirándoles una completa confianza, é incitándolas á que se acerquen, cuanto antes les sea posible, al banquete Eucarístico, cumpliendo así el mandato del divino Maestro: *Compelle intrare, ut impleatur domus mea.* "Compéleles á entrar para

que así se llene mi casa." Y siguiendo esta máxima, no hacen mas que aplicar ó poner en práctica una regla general, formalmente ordenada por la misma Iglesia.

Efectivamente, no tenemos nosotros libertad sobre este principio de la Comunión frecuente, antes bien tenemos reglas precisas que todos debemos seguir cuando se trata de la dirección de las almas, reglas que no podemos infringir sin faltar gravemente á nuestros deberes. La Iglesia las ha resumido en el célebre catecismo que, con el título *Catechismus Romanus ad Parochos* se publicó por disposición del sagrado concilio Tridentino y por los especiales decretos del papa San Pío V, siendo su objeto el trazar á los sacerdotes el camino que deben seguir en la enseñanza de los fieles. Ahora bien; el Catecismo del sagrado concilio de Trento declara, que *los curas párrocos están obligados en conciencia á exhortar á sus feligreses á que se acerquen á comulgar con frecuencia, y hasta diariamente, puesto que el alma, lo mismo que el cuerpo, tiene necesidad de alimentarse diariamente* (1); y añade que esta es la doctrina de los santos Padres y la de los Concilios.

(1) Cat. Rom. ad Par., II p., c. II.

San Carlos Borromeo, el grande é incomparable arzobispo de Milan, al publicar este *Catecismo* en los diez y ocho obispados sometidos á su jurisdicción, sabiendo que habria sacerdotes que se opondrían á esta santa práctica, amonestó seriamente á los obispos á que castigasen con rigor, *severe puniendos*, á los párrocos que se atreviesen á enseñar otra cosa.

Ya antes de san Carlos, el papa san Leon IX resvetido de la auridad del supremo pontificado habia expedido una bula *ad hoc* prescribiendo no menos formalmente á los sacerdotes "que no negasen fácilmente á ningun cristiano la sagrada Comunión; y que esta negativa, añadia, no la diese nunca el sacerdote llevado de un movimiento de impaciencia, por capricho: *Nuli christianorum Communio facile denegetur, neque indignanter hoc fiat arbitrio sacerdotis.*

Tambien el papa Inocencio XI, de feliz recordacion, insiste igualmente sobre el deber de los obispos y de los sacerdotes que hace referencia, á comulgar frecuentemente. Habiendo venido en su conocimiento que en varias diócesis en que habia la costumbre de recibir diariamente la sagrada Comunión se habian introducido diferentes abusos con motivo de esta excelente y santa práctica, al mismo tiempo que señalaba y